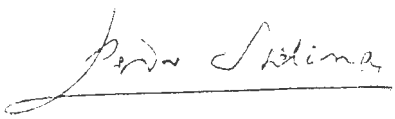
LA POESIA DE ANTONIO MACHADO

ANTONIO Machado vuelve a publicar sus *Poesías Completas* en tercera edición. Ha adoptado el poeta para la entrega al público de su nueva obra el procedimiento acumulativo que seguía Whitman de añadir cada unos cuantos años a su obra ya anterior y conocida las nuevas poesías unidas al conjunto total, de modo que el lector tenga siempre presente, junto a lo más reciente de la creación, lo más remoto, lo inicial de ella. La poesía se nos ofrece así como un ser vivo en toda su integridad, en la florescencia de todas sus primaveras, en su cuerpo, tronco, y en sus últimas raíces. Para el lector distraído, acaso cambie poco lo que ve, y se le antoje simple repetición de lo ya visto; para el que mira atentamente, la poesía de Machado crece, se desarrolla en cada edición sin prisa, sin llamativa vistosidad, pero sin cesar y siempre con tan profunda fidelidad a su impulso más remoto, que estas *Poesías Completas*, lejos de ser una simple colección de materiales, aparecen como fábrica viva constantemente renovada en un trabajo interior callado y profundo. Cada temperamento poético ofrece, hasta en el modo de publicar sus obras, indicio de su modo de ser. Antonio Machado, repitiendo una y otra vez, junto con lo nuevo, lo ya publicado de su producción, se diría que nos muestra su conformidad consigo mismo, su aceptación incondicional de todos los momentos de su musa, una especie de serena y señoril complacencia en ser lo que se ha sido, en haber sido lo que se es. Antonio Machado es un típico poeta del 98, caso curioso de esa fuerza centrípeta de la literatura de principios del siglo, la cual convocó a españoles dispersos en los puntos más distantes de la Península, a un vasco como Unamuno, a un gallego como Valle-Inclán, a un levantino como *Azorín*, a un sevillano como Machado, para ponerlos a todos bajo la enseña de lo español y en encendido entusiasmo por Castilla. Castilla, desde el punto de vista literario, ha sido crisol hispánico. «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla...», «mi juventud, veinte años en tierra de Castilla»; así dice el poeta en su «Autorretrato» *(Campos de Castilla,* 1907), y lo que dice de sí podríamos nosotros reiterarlo de su poesía. Porque la primera fase de la poesía de Antonio Machado se parece extraordinariamente a recuerdos de un patio de Sevilla. No a la ciudad misma, no. No a uno de sus patios, sino a todo el encanto de ella y de ellos revivido o desvivido en el recuerdo, trascendido de materia a sueño. En la primera colección extensa de sus obras *(Soledades. Galerías. Otros poemas),* Machado es el poeta de lo interior. Viviendo en una tierra llena de plásticas y atractivas evidencias, Andalucía, el poeta, sin embargo, escoge el otro lado, y los datos de realidad, en sus obras, están mirados en el revés más poético que tienen. Hay expresiones en toda esta primera parte de Machado, empezando por los títulos: *Soledades* (la hermosa palabra, tan repleta de significación, que ahora Machado sitúa al frente de una poesía de la vida recóndita, poniéndola así en signo inverso al gongorino, cuando Góngora la hacía titular de la más espléndida manifestación de poesía exterior), *Galerías,* «... esas galerías sin fondo, del recuerdo», «laberinto de espejos», «lienzos de recuerdo», que acusan su rumbo hacia los llamamientos interiores. Una voz le llama en la poesía LXIV, le invita a ir con ella «a ver el alma»; desde entonces el poeta avanza en su sueño «por una larga, escueta galería». Nada de vanidades, muy pocas quejas: «no hay que llorar, silencio». Una esperanza vaga y resignada casi a no ser ni esperanza. Un errar «siempre buscando a Dios entre la niebla...», sin saber nada de nosotros («Nada sabemos de las almas nuestras»), sin confianza en las palabras del sabio que no enseñan más que el silbo del viento, sin otro don que la memoria: «el don preciaro de evocar los sueños». ¡Qué sorprendente ver a un poeta andaluz, de esa tierra tan injusta y vulgarmente adscrita a la jovialidad pintoresca y al cascabeleo, pronunciar las palabras poéticas más graves, más serias y melancólicas que se alzan en su tiempo! Pero aún es mucho más sorprendente la poesía de Machado, sorprendente en su firme y acusada independencia, si la consideramos en relación con el momento cronológico en que aparece. Corren los años triunfales del modernismo literario. La renovación poética diríase que se inclina, que rinde todos sus favores a la poderosa fuerza de Rubén Darío. Vida exterior, sensualidad y opulencia decorativas, temas de artificioso refinamiento, exotismo, sobre todo, musicalidad, colorismo, ritmo, lujos y juegos verbales, invaden el parnaso español y seducen a las jóvenes musas. Antonio Machado no se rinde. Admirador y amigo personal de Rubén Darío, que escribió sobre él poéticas palabras exactas, este hijo de una tierra sensual, en un momento de tentaciones de una poesía sensual, afirma sin la menor petulancia, sin ánimo alguno de combate, por simple modo de ser, una poesía sobria, austera, desdeñosa de complacencias fáciles y de vanidades de los sentidos. Por Antonio Machado, por Juan Ramón Jiménez, sospechó Rodó la existencia de una Andalucía recóndita tan distinta de la litografía en colores del siglo XIX. Y por Antonio Machado y por otro gran poeta de su época, Miguel de Unamuno, debería ya empezar la historia literaria española a sospechar en la precaria y superficial existencia de un modernismo poético en

España a la manera del de Rubén Darío el americano. Terminado su alegre alboroto, su vistoso desfile, sin resistencia ante el paso del tiempo, perduran, en cambio, con todas las probabilidades de ser poesía para siempre, esas otras voces sordas y recatadas como la de Machado, que representaban la discordancia con el modernismo, la resistencia a él en el punto de su máximo esplendor aparente.

La segunda aparición al público de la poesía de Antonio Machado es *Campos de Castilla* (1912). El título en su exacta localización, ¿significa acaso una restricción de esa enorme amplitud de lo soñado, un sujetarse a los límites de la tierra y de una tierra? No mucho. Porque si Antonio Machado sale entonces de su mundo íntimo, de sus galerías interiores, es para asomarse a un paisaje, a una tierra, que son precisamente aquellos en que lo material y localizado se halla precisamente en las fronteras de la desmaterialización y la eternidad; el famoso paisaje castellano, paisaje de los místicos y de los héroes, el que arrancó a aquel espolique de José Ortega y Gasset su frase de hombre ofendido: «Señor, en Castilla no hay curvas». En *Campos de Castilla* Machado nos muestra que, por muy en la realidad geográfica que se esté, se puede seguir buscando el alma. *Campos de Castilla* significa, además, en la obra del poeta su máxima asimilación de la mentalidad del 98. Es la visión de una Castilla atormentada o ingenua, de la «tierra triste y noble» envuelta en sus andrajos, y que guarda su secreto de no saber si espera, duerme o sueña. Hay en *Campos de Castilla* y en la poesía inmediatamente posterior mucha parte de meditaciones sobre España, de preocupación española, de obediencia al espíritu del 98. Véase, por ejemplo: «El mañana efímero», «Elogio a *Azorín*», «Una España joven», «España en paz». Por un instante roza Antonio Machado la poesía de ideas, de ideas precisamente del 98, de las ideas de pesimismo y de renovación, de sentir dolorido de nuestra tierra y de anhelo de resurgimiento. La visión de España, en esta segunda época de la poesía de Machado, se presenta a veces con la pura limpieza de lo más directo, con esa exquisita nitidez y sobriedad en la captación verbal, tan peculiar en Antonio Machado. Recuérdense, por ejemplo, los poemas de Soria. Pero alternando con este ver derecho, con este pasar sin intermediarios de la realidad real a la realidad poética, de la poesía castellanista de Machado, hay otros ejemplos en los que, con toda claridad, entre los ojos del poeta y el mundo que tiene delante, se apelotonan nociones, conceptos sobre España, sobre los españoles, de los que entonces circulaban como moneda corriente entre nuestros intelectuales. Es la famosa España trágica, la Castilla «por donde cruza errante la sombra de Caín», los tipos de locos, de criminales, de seres deformes que también se asoman a otras figuraciones artísticas de España por aquellos momentos: la pintura de Zuloaga. Son las ideas regeneradoras, «La España que alborea / con un hacha en la mano vengadora /, España de la rabia y de la idea». Por esta zona de su poesía toca el poeta andaluz con ese complejo de ideas y de sensibilidad que suscitó el desastre español del 98. Más adelante en las *Nuevas canciones*, la inspiración de Antonio Machado parece remansarse. Se repiten las canciones de paisaje, acentuaciones felices de los aciertos de lo popular, y abunda mucho un tipo de poesía que desde el comienzo fue muy grata a Machado, poesía de un doble abolengo español culto y popular: la poesía epigramática, sentenciosa, refugiada en formas muy breves, de copla, hecha a veces de un simple dístico, reducida en alguna ocasión a cuatro palabras («hoy es siempre, todavía»), pura notación poética. Son los *Proverbios y cantares* verdaderos caprichos de pensamiento. A ratos, estos proverbios parece que van a parar a Sem Tob, el elegante y lapidario poeta medieval, no ya sólo por su forma, sino por la filosofía un poco escéptica que propagan; otras, las más, nos inducen, sin embargo, a recordar los más felices momentos de la poesía popular. Son como cantares de pensador. Es en Antonio Machado la poesía de pensamiento que se adensa más y más en su última y más reciente época, la de un «Cacionero apócrifo», que el poeta atribuye a su doble, Abel Martín. De indispensable lectura para quien quiera conocer a Antonio Machado son esas cincuenta páginas de prosa, que comprenden, por un lado, la obra del fabulado Abel Martín, y por otro el «Cancionero apócrifo» de Juan de Mairena. Exposición de su metafísica, de su poética, entreveradas con poesías que aclaran o ejemplifican el curso del pensamiento, constituyen un cuaderno de poesía del más alto valor. Todo ello expresivo de cómo se acentúa en la obra de Antonio Machado la densidad de pensamiento, la afición a un tipo de poesía entre filosófica y humorística, relampagueante de profundidades y de caprichos mentales, en la que, sin embargo, de cuando en cuando trasparece esa diamantina sencillez de Machado. El libro cierra muy bien. El poeta que se asomó durante una temporada a las tierras de Castilla y anduvo por su superficie, ya va otra vez soterrado por su galería. Y sus poesías terminan con ese mismo ademán de melancólica introspección con que empezaron.



[*Indice Literario*, 1933.]